



El Caribe invisible

*Este ensayo proviene de la conferencia del mismo nombre preparada para el ciclo “**Migraciones desde y hacia el Caribe**”, coordinado por Antonio Zaya, en Casa de América, Madrid, con motivo de la feria ARCO 2002. Esta versión fue revisada de manera general por la autora y Manuel Picado en el 2010 para su publicación en la antología “**Del Estrecho Dudoso a un Caribe invisible: Apuntes sobre arte centroamericano**”, editada por la Universidad de Valencia (2013).*

"América. Una lucha de contrarios entre el hombre –el nosotros múltiple– y la naturaleza –la madre múltiple. Identidades dentro de la identidad, un cubo dentro de otro cubo, y otro. El Caribe, ese vasto territorio mítico por real que extiende sus fronteras por todo el arco de Centroamérica hasta Veracruz, de Yoknapatawpha, Mississippi adentro, a Macondo, ciénaga afuera, o viceversa, de El Dorado a la Florida –nombres que siempre estuvieron en las cartas de la imaginación, transplantados desde la página de los libros de caballería– y más allá hasta Guayaquil, el último puerto del Caribe en el Pacífico, hasta Bahía, el último puerto del Caribe en el Atlántico, más que un recinto geográfico un hervidero, tina mezcla múltiple que desborda sus límites, islas y tierra firme siempre expandiéndose." (Sergio Ramírez)¹

I

El Caribe es un espacio de la imaginación. La cartografía no es más que uno de los signos que marcan el origen de un principio circular en expansión, que conforma una idea y demarca, más allá de la geografía, un territorio mental. El Caribe toma su nombre de una etnia indígena que recorrió y dominó una amplia zona localizada tanto en las islas como en el continente, la cual fue posteriormente exterminada por la conquista. Posee como nuevo vórtice la fibra de la sangre negra, africana, que no solo abarca toda la cuenca interna, sino que marca sus identidades y determina sus tensiones históricas desde la colonia, pasando por el período postcolonial, en algunos casos republicano, y hasta los tardíos procesos de independencia en las islas. Esta fibra negra se teje desde el Sur hasta el Norte del continente y es la base de la *neoamérica* de la que ha hablado Edouard Glissant en su **Poética de la Diversidad**.²

¹ Ramírez Mercado, Sergio. *Mentiras Verdaderas*. Alfaguara, Madrid 2000. Ver también, del mismo autor *El tambor olvidado*.

² Glissant, Edouard. *Introduction à une poétique du divers*, Gallimard. Paris, 1996.



América Central, por su parte, vive volcada hacia el Pacífico, y al volver su mirada desde mesetas o altiplanos hacia el sureste, hacia el Mar Pacífico, persiste en su manía de llamar Atlántico al mar Caribe. Y es que, a pesar de lo visible que resulta la huella africana en la historia y el desarrollo de las culturas mayoritarias centroamericanas, ha persistido durante siglos una rotunda invisibilización de la cultura afro caribeña como parte integral de esa historia y esa identidad. Esto se traduce, en las costas de la región centroamericana salvo Honduras, en un desarrollo no paralelo sino marginal a las prácticas sociales, económicas y culturales que tiene lugar en las zonas centrales. En Honduras es más bien a la inversa, dado que San Pedro Sula, en la costa norte, es el eje de la economía.

Estas paradójicas situaciones se dan en lo que constituye la franja más angosta de América, con una larga y abierta costa caribe –abierta hacia la “Mar del Norte”- y otra, más accidentada, bordeada por el Océano Pacífico, la “Mar del Sur”³. Resulta patente la escisión entre ambas vertientes. Por un lado los valles, montañas y altiplanos centrales y, por otro, las extensas llanuras costeras. A pesar de que, *La* excepto El Salvador, todos los países centroamericanos forman parte de ese “Caribe continental”, han vivido mirando hacia el otro lado.

La “vertiente del Atlántico” denomina los flancos de la cordillera central que descienden hacia el este, y las zonas de la inhóspita región al este del gran lago, se llaman “Autonomías del Atlántico”. Pareciera que de alguna forma se quisiera obliterar el Caribe como marca de identidad para tocar de manera inmediata, a través del Atlántico, la metrópolis.

II

Esa cultura local ha sido poco menos que ignorada. A manera de ejemplo, la producción literaria afrocostarricense tuvo cabida casi únicamente en la prensa, entre 1903 y 1932. Escritores como Quince Duncan, afrodescendiente, no empiezan a publicar sino hasta en los años 70; al igual que Ana Cristina Rossi, autora “pana”⁴ que ha situado sus novelas en el contexto del Caribe costarricense. Aunque autores locales como Carlos Luis Fallas, Joaquín Gutiérrez, Fabián Dobles y José León Sánchez los preceden, y ya habían tratado temas ligados a la zona atlántica, la perspectiva sin embargo, se orientaba desde la mirada del blanco. No es sino hasta muy recientemente que la narrativa se orienta hacia la recuperación de una memoria y una identidad fragmentadas, o de la negritud como componente étnico centroamericano.

³ Así eran conocidos los dos océanos que bañan las costas centroamericanas. En Honduras persiste el nombre de Costa Norte, y en Costa Rica el ferrocarril al Atlántico, como era conocido popularmente, se llamaba Northern Railway Co.

⁴ Los afrocostarricenses usan la expresión “pana man” para designar al costarricense blanco de la meseta central.



La cultura de la región caribeña empieza a despertar interés, desde la perspectiva de integración identitaria, y a ser reconocida más allá de un simple exotismo doméstico, hasta muy recientemente. Poco a poco se suma a la escena artística de cada país, pero sobre todo en la música y la danza. La escasa producción visual inspirada por las regiones costeras centroamericanas o producida en ellas, ha sido por lo general una práctica mimética de un primitivismo importado a lo haitiano, pues goza de buen mercado a lo largo de las rutas turísticas. En el mejor de los casos, salvo excepciones como Negrín, Premio de Cultura Popular en Costa Rica, se tiende a mantener estereotipos humanos y culturales que seducen. También sucede que se quiera sostener cierto tipo de figuras que interesan a la creciente ola de visitantes en busca de exotismo, fase última de la nueva conquista. Se ha descubierto, para bien y para mal, la magia de la palabra "Caribe" o, mejor dicho, "caribbean". Sin embargo, la dispersión humana que sufrió la región durante siglos ha marcado la forma en que los afrocentroamericanos asumen su propia representación. Es sobre todo en la música, y no en las artes de la representación visual, donde las identidades se buscan, se entrecruzan y se manifiestan con gran riqueza.

La llegada de los españoles a América Central a su modo contribuye a todo el rosario de malentendidos que marcaron el descubrimiento de América. Colón persistía en su idea de que había llegado a las Indias, y se buscaba el estrecho que daría paso al Océano Indico. Pero lo que este "estrecho dudoso" permitió fue descubrir el Pacífico, y es desde allí, contrariamente a lo que se piensa, que se llevó a cabo la verdadera conquista de Centroamérica. Lo accidentado del terreno del mismo modo que las inclemencias del clima en las tierras que bordeaban el Caribe, dificultaron la entrada de los conquistadores, así como las violentas y constantes escaramuzas con grupos aislados de indígenas que se defendían ferozmente. Estos continuos fracasos consolidaron los asentamientos hacia el oeste, en los valles y tierras centrales de Centroamérica y, junto a otros factores, contribuyeron al aislamiento de la costa caribe y al retiro de los indígenas

hacia las montañas o a tierras menos accesibles. La mayoría de los criollos se asentaron en las tierras altas de las mesetas, menos apetecidas por los corsarios y más lejanas de la costa, para dedicarse a la agricultura. Los ingleses, sin embargo, se instalaron durante largo tiempo en la costa caribe nicaragüense y hondureña, con lo cual el régimen de la piratería se impuso en toda la zona costera.

III

La cultura de estas zonas de la costa se origina en una presencia compleja caracterizada por lo no hispano. Es la tierra del *Otro*: no solo del africano, sino de todas las poblaciones que no se asimilaron a la cultura ni a la religión españolas. Es la tierra de los piratas europeos, de los chinos e hindúes -importados en el siglo 19 para trabajar en el ferrocarril, pero que terminaron manejando el comercio- y de los árabes emigrados más recientemente. Es también la tierra de comunidades autóctonas como los miskitos, ramas, y sumos que cohabitan, en el sur de las costas hondureñas y a lo largo y ancho de la región del Caribe nicaragüense, con los *créoles* y los *garifunas*. Estos grupos, de origen africano, tampoco han sido integrados al imaginario indígena asociado con el istmo, el cual se mantiene como un universo básicamente maya. La



región caribeña ha sido también el reino de la *United Fruit Company*⁵, es decir un estado aparte en Guatemala, Honduras y Costa Rica.

En Nicaragua, la vasta región atlántica, con su lengua y toponimia inglesas - Bluefields, Pearl Lagoon, Rama Kay, se ha mantenido como un país dentro de otro. Aún no existe acceso por carretera, sino únicamente por vía fluvial o aérea, por lo que ha permanecido aislada de las ciudades principales, ubicadas cerca de la costa pacífica. Esto ha mantenido los resabios de la ocupación inglesa en tiempos coloniales y de la reiterada presencia norteamericana en los últimos dos siglos. Sus pobladores, de diversas etnias y orígenes, se perciben a sí mismos como algo diverso de lo que supuestamente significa ser nicaragüense. Ni siquiera la revolución Sandinista comprendió a tiempo la necesidad de permitir a esta región desarrollarse en sus propios términos, pues su proyecto político era básicamente mestizo ladino, y no inclusivo de estas minorías.

Panamá es tal vez el país más caribeño, debido a su angostísima geografía que siempre permitió el tránsito de gentes y mercancías de un mar a otro. La llamada Veragua, además, facilitó la travesía de los conquistadores hacia el sur de Nicaragua y luego hasta el Golfo de Fonseca, pero sobre todo a la costa pacífica de Costa Rica, desde donde se inicia, tardíamente, la penetración hacia el Valle Central. Paradójicamente, es ese continuo tráfico de un litoral al otro lo que preparó a la ciudad de Panamá, situada en el Pacífico, a ser un puerto con identidad más bien caribeña. También podría explicar el intenso mestizaje que caracteriza a la población panameña. En Costa Rica, por el contrario, una población concentrada en un cerrado valle central implantó durante mucho tiempo el discurso oficial del blanqueamiento y la homogeneidad étnica, básicamente blanca y europea.

En el mosaico de culturas de Panamá, etnias como los Kunas, en el archipiélago de Kuna Yala, han logrado mantener su cultura aparte hasta el presente, a pesar de practicar y controlar una próspera economía de mercado muy actual en sus localidades, lo cual les permite una cierta independencia del estado panameño. Otros grupos indígenas no han gozado de situaciones similares, como es el caso de los Guaymies, un pueblo que podría considerarse semi-nómada, pues migra estacionalmente todo el año entre Panamá y Costa Rica. Reducido a un remedo de su propia cultura ancestral, el Guaymí es marginalizado por ambas sociedades.

IV

En los últimos años, se han dado cambios sustanciales en el discurso crítico y los estudios históricos, lo paulatinamente desautoriza las versiones homogeneizadoras en relación con la "pureza étnica", y asumen la diversidad como premisa esencial de análisis. Dentro de la óptica de producción interdisciplinaria contemporánea, se han recuperado ciertas tradiciones populares. Esto se acompaña con una entrada progresiva de elementos vernáculos en el

⁵ Nombre de la frutera que desarrolló y comercializó el banano en América Central y otros países y se convirtió en un coloso global, con fuerte incidencia en la política regional y conocido como el "Pulpo".



concepto de cultura. Todo esto ha contribuido a tomar conciencia de que, como dice Sergio Ramírez, "el Caribe somos todos", y que "somos pueblos mulatos, muy mulatos"⁶. Esta es una realidad que el centroamericano tiene dificultades en admitir, aunque sí acepta su mestizaje con el indígena.

Al igual que en el Caribe isleño, las poblaciones nativas del istmo centroamericano fueron diezmadas por las múltiples batallas, por el sistema esclavista de la encomienda⁷, por la "unificación microbiana"⁸, contra la cual el indígena americano no tenía defensas, pero también por las migraciones forzadas. Desde Centroamérica se exportaron millares de indígenas hacia el sur, como *tamemes* o cargadores, para transportar las riquezas extraídas del Perú hacia Panamá y las ferias de Portobelo, pero también hacia las plantaciones azucareras en las Antillas⁹.

La movilidad había sido importante durante siglos en la América prehispánica. Existían contactos e intercambios entre los pueblos del continente y las tribus isleñas, por lo que existían rutas conocidas de comunicación marítima. El tránsito, los "correos" y el comercio eran comunes. Con la conquista, estos movimientos poblacionales adquirieron otra dimensión, que fragmentó para siempre todas las identidades y que fue el inicio de una dramática dispersión cultural. El intercambio entre iguales devino la explotación por terceros, y la población indígena de Centroamérica decreció más de un 80% en solo el siglo 16¹⁰. Algunas regiones como el Altiplano guatemalteco, la actual Chiapas y en menor medida El Salvador, lograron a lo largo de los siglos restablecer parte de su población indígena, no así en el resto del área, justamente ahí donde se asentaron en mayor número los primeros africanos traídos a Centroamérica.

Los negros comenzaron a llegar a Centroamérica a fines del siglo XVI. Inicialmente fueron traídos para la explotación de minas en Honduras y Nicaragua, pero también vinieron como servidores domésticos para las residencias urbanas de familias pudientes, o vaqueros y trabajadores para las haciendas ganaderas del norte de Costa Rica. Otros aprendieron diversos oficios, y muchos de ellos adquirieron su libertad comprándola o mediante matrimonio con mujeres libres. La esclavitud en Centroamérica tuvo características sociales, económicas, políticas y étnicas diferentes a las que prevalecieron en el universo de *Amo-Esclavo-Plantación* propio de las islas, el cual originó estrategias de supervivencia y de resistencia cultural que no se dieron en América Central. En primer lugar, aunque la

⁶ Título de otro pequeño artículo que publicó este escritor a la muerte de Jorge Amado. "El Caribe somos todos", Sección de Opinión, Diario La Nación, San José, Costa Rica, 27.08.01, p.15.

⁷ Fonseca, Elizabeth. *Centroamérica. Su historia*. Flacso/Educa, San José, 1996.

⁸ Esta expresión describe el universo microbiano aportado por los conquistadores y que afectó dramáticamente a las poblaciones indígenas.

⁹ Ver Tovar, Hermes. *La estación del miedo o la desolación dispersa*. El Caribe colombiano en el siglo XVI. Ariel Historia, Santafé de Bogotá, 1997

¹⁰ Idem.



presencia africana era visible ya desde el siglo XVII, su proporción aquí era mucho menor en relación con el Caribe isleño. Por otro lado, el compartir vivienda con sus amos y con otros servidores, indígenas y mestizos, facilitó una mezcla temprana, de manera que la sangre negra de inicios de la colonia se fue diluyendo¹¹, así como la cultura y las lenguas africanas originales. Durante el siglo XVIII, también llegaron a las costas centroamericanas esclavos prófugos de colonias británicas en busca de empleos con amos españoles, supuestamente menos crueles que los ingleses. Estas gentes, *boat people* de temprana hora, arribaban sobre todo a la costa caribe costarricense, desde donde eran llevadas a la plaza de Cartago para ser vendidas. Dispersadas en varias localidades, paulatinamente se integraron y se mezclaron a lo largo del tiempo.

A fines del siglo XIX tiene lugar la última y la más importante migración masiva de poblaciones de origen africano desde el Caribe hacia Centroamérica. Es también la población que más ha sufrido la marginación y la desigualdad. Estos fenómenos están marcados por varios hechos históricos. Por un lado, se debe mencionar la llegada del norteamericano Minor Keith a Costa Rica, y el acuerdo del gobierno del General Guardia, alrededor de 1870, mediante el cual le otorga los derechos para la construcción del ferrocarril al Atlántico. Además, ya desde fines de los años 1850 estaba encaminada la vía férrea interoceánica en Panamá, y se había puesto en operación la llamada vía del Tránsito en Nicaragua. Durante la fiebre del oro, ambas iniciativas buscaban transportar a los buscadores del metal de la forma más rápida entre la costa este de los Estados Unidos y California. El ferrocarril de Costa Rica fue seguido por el de Guatemala, siempre bajo control de Keith, y en ambos casos, paralelamente fueron abiertas plantaciones bananeras en las zonas aledañas. Es el inicio de la implantación de la compañía frutera hasta entrado el siglo XX, gracias a la venalidad de los gobiernos locales. Más adelante, hacia 1881, bajo las órdenes del francés Ferdinand de Lesseps, constructor del Canal de Suez, se inician las obras del Canal de Panamá. Retomadas por los norteamericanos en 1903, después del fracaso francés, culminaron en 1913, con la creación de un enclave alrededor del Canal, bajo control de los Estados Unidos hasta 1999. Para la ejecución de todos estos proyectos -ferrocarriles, plantaciones y el canal- la fuerza laboral negra, única capaz de soportar el clima y las condiciones de trabajo, fue determinante. Se trataba mayoritariamente de negros jamaquinos, pero también algunos de Barbados y otros antillanos francoparlantes. En las zonas bananeras se empieza a generar una comunidad segregada del resto del país, no solo por la raza, sino por la lengua y por la religión: los recién llegados, además de ser negros, hablaban inglés y eran protestantes. En el caso específico de Costa Rica, se les consideró trabajadores estacionales, y por lo tanto, se les trató como inmigrantes temporales, bajo la jurisdicción británica. Ni el gobierno ni la sociedad costarricenses asumen en ese momento la posibilidad de una futura integración. Los decretos de limitación de desplazamiento se derogan hasta después de la revolución de 1948 en Costa Rica, por José Figueres, y finalmente se otorga la ciudadanía costarricense a esta

¹¹ Lobo, Tatiana y Meléndez, Mauricio. *Negros y Blancos todo Mezclado*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 1997. Reimpresión 1999.



población. Paradójicamente, los indígenas no llegaron a ser ciudadanos sino hasta casi 50 años después.

V

En la época colonial, los negros habían tenido un estatus intermedio, por encima del indígena, y el mulataje fue común. Luego, en el siglo 19, en épocas del ferrocarril y la bananera, los negros estaban por encima de los hispanos analfabetas pues eran alfabetizados y hablaban la lengua de los jefes, a diferencia de los centroamericanos de origen hispánico que trabajaban en las plantaciones. A pesar de ello, esta última ola de migrantes casi no se mezcló, formó una comunidad propia, que no fue integrada ni a la sociedad angloparlante que dirigía ferrocarriles y plantaciones, ni posteriormente a la realidad de los estados. Esta comunidad ha sido considerada también "otro país" por las poblaciones del Valle Central. Tal vez esta sea una de las razones por las cuales haya resistencia a considerar el componente negro como parte de los orígenes étnicos de la región.

El régimen bananero de la *Yunái* controlaba desde la siembra hasta la comercialización de la fruta. Al cambiar drásticamente esta situación en Costa Rica, por la partida de la frutera en la segunda mitad del siglo XX, las regiones bananeras se sumieron en la depresión económica y en el abandono institucional local: escuelas, hospitales y comisariatos nacionalizados dejaron de funcionar y los gobiernos en la capital se ocuparon poco de la región Caribe. No se la asumió plenamente como parte del mosaico cultural-identitario. Esa comunidad afro-caribeña conserva sus propias costumbres, ya modificadas y absorbidas por el inicio del proceso colonial desde Jamaica: esto hace que sea más fácil encontrar similitudes entre ella y algunas aldeas jamaicanas que con las capitales centroamericanas. La figura de Marcus Garvey, jamaicano de Harlem, New York, y figura central de un movimiento más amplio que se ha dado en llamar el Harlem Renaissance, es un personaje emblemático para los limonenses. Apareció en Costa Rica alrededor de 1910, trabajó en el ferrocarril, y es aquí donde elabora su pensamiento libertario. Bajo el slogan *Africa para los Africanos* funda la *Black Star Line*, una naviera que pretende repatriar a todos los negros de América. El objetivo era el de fundar el Reino de Africa y, para ello, alrededor de 1918, empieza a comercializar acciones de la naviera en los Estados Unidos, Jamaica y Puerto Limón, Costa Rica. Actualmente, el centro comunitario de Limón, conocido como el *Black's*, es, entre otras cosas, centro de reunión de quienes aun rememoran a Garvey.

Actualmente, el Caribe costarricense ya no está tan aislado; sin embargo, en el imaginario nacional sobre todo se lo identifica como destino turístico de moda, y como una zona peligrosa por su alta conflictividad social. A pesar de que se celebra a nivel nacional el día del Negro, que se dedica el mes de agosto a la cultura afro-limonense, y que se escucha y admira la música de Walter Ferguson¹², se sigue exotizando la provincia de Limón. Esto

¹² Walter Ferguson es un legendario calypsonian de Limón, cuyo cd *Babylon*, ha trascendido internacionalmente.



también sucede con la Costa Norte de Honduras, en la cual el componente garífuna es vinculado sobre todo a lo musical y a lo intuitivo. En el caso de Guatemala, se trata de un mundo segregado de todo el resto del mosaico cultural que compone el país.

VI

En el contexto descrito, en el cual las instancias para la producción cultural afrocentroamericana prácticamente no se han dado, existen casos atípicos de comunidades que han consolidado sus propias expresiones, aunque generalmente aparecen como manifestaciones marginales, al modo de una periferia dentro de otra. Una de estas comunidades es **Portobelo** en Panamá, el legendario puerto fortificado, cuya fundación data del siglo xvi. Desde ahí partían los navíos cargados de las riquezas expoliadas en una amplia zona que abarcaba desde Perú hasta Colombia y parte de Centroamérica. Los esclavos traídos para la construcción del puerto y su operación, escaparon cierto tiempo después, convirtiéndose en cimarrones. Cuando España pierde su poderío naval y abandona el puerto, devastado por los piratas, los cimarrones retoman el lugar y construyen sobre los cimientos del fuerte. Aquí se desarrolla su cultura *congo* hasta la fecha, y es aquí donde la reconocida fotógrafa panameña Sandra Eleta se ha radicado, luego de llevar a cabo el famoso ensayo fotográfico titulado *Portobelo*. Junto con el artista-etnógrafo panameño Arturo Lindsay, originario del puerto de Colón, y cuya obra investiga la huella espiritual y estética africana en la cultura latinoamericana contemporánea, ambos crearon en 1996 el Taller Artístico de Portobelo. Habiendo observado las tradiciones *congo* en la fabricación de objetos rituales, así como las armonías espontáneas en el uso del color y los motivos, Eleta y Lindsay buscan ampliar las posibilidades creativas de la comunidad, crear un punto de encuentro comunitario, y eventualmente proveer a sus creadores de una fuente de sustento, gracias a la comercialización de sus pinturas. El resultado es una producción única, no solamente cargada poderosamente de elementos simbólico-rituales congos, sino que además logra plantear sus propios esquemas de representación.

Otro caso singular de transculturación y de permanencia a través de los siglos es el de los garífunas, pueblo africano que se mezcló en el siglo XVII con pueblos arawak-caribe. Esto sucede al encallar un par de barcos negreros en la isla de Saint Vincent en 1635: lo negros logran deshacerse de la tripulación, escapan y se establecen en la isla. Allí se integran mal que bien con la población autóctona. Poco a poco adquieren cierto poder, sobre todo en cuanto a la posesión de tierras y su cultivo, aprenden francés e inglés y negocian con los europeos. Después de casi un siglo en la isla, y de enfrentamientos con franceses e ingleses, debido al incumplimiento de un tratado de 1773 no respetado por estos últimos, los garífunas son atacados y finalmente desterrados, en 1797, a las Islas de la Bahía en la costa caribe hondureña. Desde ahí se fueron asentando a lo largo de la Costa Norte, tanto en Honduras como en parte de Nicaragua.

La comunidad garífuna mantiene una lengua, una música y una cultura absolutamente diferente del resto de las comunidades de origen africano o indígena de la región. Es prácticamente la única que no tiene un pasado de esclavitud como la mayoría de los afro-caribeños y eso se percibe en su identidad. La presencia de los ritmos garífunas, mucho



más cercanos del tambor tribal africano, marcan de forma particular la música popular de la costa hondureña. Como parte del trabajo de la Orquesta de la Papaya, grupo musical centroamericano que integra más de veinte músicos de toda la región, se han anudado estrechas relaciones con músicos garífunas, similares a los que se establecieron con la tradición nicaragüense de las marimbas y la del tamborcito panameño. Esta investigación ha producido obras contemporáneas en conjunto, las cuales se alejan de la exotización, integrando tanto la tradición como lo actual, lo vernáculo y lo ajeno apropiado. Se han realizado producciones musicales y dancísticas originales con pertenencia al momento presente, las cuales asumen y reflejan los cambios identitarios como algo orgánico y no como una serie de pérdidas.

VII

Las historias afro centroamericanas revisten diversas formas a lo largo de la costa del istmo. Han sido documentadas por algunos pocos artistas, como las nicaragüenses Claudia Gordillo y María José Álvarez, o la trinitaria Abigail Hadeed e incluso por la suiza Beatriz Küenzi, entre otras. No obstante, siguen siendo ignoradas por gran parte de los artistas visuales de las capitales. Por otra parte, el acceso de las poblaciones costeras a la formación artística es muy limitada, por lo que obviamente la producción visual afro centroamericana es escasa.

En las capitales de Centroamérica se implantó la idea de que no fluye sangre negra por nuestras venas, de que no tenemos ese componente africano en nuestras identidades, y de que no pertenecemos a la cultura caribe. ¿Dónde se origina este ocultamiento? ¿Es acaso la negritud en sí, o es su nexa con el esclavismo? Cabe preguntar si se trata de un asunto puramente racial, o si se relaciona con el rechazo de un pasado histórico que produce culpa. Si hubo esclavos indígenas -aunque solo fuera a inicios de la Conquista- ¿por qué la negritud haría entonces una diferencia? ¿Es acaso porque se piensa que el indígena remite a la "verdadera" identidad centroamericana y el negro remite al mundo inglés, o a lo pagano? ¿O acaso es una herencia inconsciente de las consideraciones religiosas de los españoles sobre el alma? Según conversaciones sostenidas con historiadores del período colonial y republicano en Centroamérica, es pensable que la incapacidad para asumir el Caribe como propio efectivamente se origine en la mancha negra de la esclavitud.

A nivel político, la recuperación de la negritud obedece en cada caso a designios e intereses particulares, pero no proviene realmente de un deseo de integración. Pareciera que la mezcla con la sangre indígena de alguna forma pudiera legitimar una pertenencia a la tierra centroamericana, y que se asocie al negro con el colonizador de ayer y de hoy. Es sintomático, por ejemplo, que hasta hace algunos años, en Costa Rica se le llamara "morenos" a los negros, como una especie de eufemismo para no ofender. Esto cambió cuando, desde las letras, los afro limonenses exigieron ser denominados como lo que son, o sea, negros. Costa Rica específicamente, no ha querido aceptar lo negro en su identidad pues ha buscado inventarse una nación europea y caucásica, a lo sumo mestiza.



VIII

Este relato, sustentado en experiencias personales, testimonios y lecturas sobre la región, dista mucho de estar completo. No obstante, se plantea como un esbozo de telón de fondo para interrogar las razones por las cuales Centroamérica, que finalmente ha sido siempre parte integral del Caribe, no se asume como tal. En este sentido, también trata de explicitar por qué no se encuentra una producción visual significativa que dé cuenta de este pasado tan complejo y rico en acontecimientos o que sea testigo crítico del presente caribeño. Esta invisibilización, que por cierto es también el caso del fenómeno de las masivas migraciones internas, coincide con una indiferencia hacia lo vernáculo, y una exclusión de la cultura popular de los conceptos que tradicionalmente se habían considerado de importancia al planear el desarrollo cultural.

El discurso oficial se orientó hasta hace poco hacia la necesidad de “elevar al pueblo” hacia la cultura hegemónica europea, o hacia la valoración de propuestas de imagen turística, o se ha dedicado a la glorificación de procesos revolucionarios. Todo esto ha contribuido a la construcción de una serie de estereotipos y a la marginación general. Sin embargo, en los últimos años, a partir de conceptos de la teoría poscolonial, se han iniciado estudios que apuntan a otra forma de construir discursos, de producir arte, de generar pensamiento y de recuperar los diversos matices que conforman lo propio. Este proceso se da sobre todo a partir de la investigación académica o desde las iniciativas independientes de gestión cultural, y en grado mucho menor desde las instancias oficiales. Se integra como una noción de estudio el aporte de lo “ajeno” en la construcción identitaria, y se acepta la diversidad de culturas que conforman la sociedad centroamericana, incluyendo además a minorías provenientes del flujo migratorio constante que nos ha construido. Estas iniciativas, que comienzan por cuestionar los imaginarios oficiales y demagógicos, se dan en un contexto político específico. En este sentido, coincido con Beatriz Cortez cuando apunta que en Centroamérica, el término de las guerras civiles “*promovió la reevaluación de una serie de proyectos políticos que anteriormente no habrían podido cuestionarse y también facilitó la reinención de la producción cultural centroamericana*”¹³.

Como mencionaba anteriormente, muchas de las nuevas iniciativas son independientes de las estructuras estatales, y han aportado una nueva mirada. Liberadas de un peso político unívoco y colectivo que ya no es preciso cargar, buscan integrar los diversos niveles de cultura de una sociedad en términos igualitarios, y articular un discurso crítico frente a la demagogia imperante. Esto se traduce en la comprensión de la existencia de otros componentes étnicos y culturales que son tan propios de Centroamérica como los que hasta ahora se han erigido como válidos y ciertos. De hecho, estos se encuentran dentro de cada

¹³ Cortez, Beatriz. *Estética del cinismo: la ficción centroamericana de posguerra*. V Congreso Centroamericano de Historia, Wayne State University/Universidad de El Salvador, Julio 2000. Publicado en ANCORA, *Semanario Cultural de La Nación*, San José, Costa Rica, 11 de marzo 2001.



uno de nosotros y pueden justamente enriquecer el estudio de una de las regiones más diversificadas del continente.

IX

En contraste con el auge de la música de origen afro caribeño, y de su amplia y variada producción, en las artes visuales apenas unos pocos artistas han producido trabajos aislados, relativos a sus orígenes en el Caribe, aunque esto sólo parcialmente. Sin embargo, no se puede hablar de conceptos o estructuras de representación visual como sí existen en el Caribe insular, en donde la interrogación de las identidades y las pertenencias es constante.

Abigail Hadeed, artista trinitaria de origen sirio, realizó en los años 90 un impresionante ensayo fotográfico sobre las orquestas metálicas en Puerto España, las cuales conocía de primera mano. Por invitación de TEOR/ética, continuó su ensayo en 1999 en las costas costarricenses y panameñas, desde Limón hasta Bocas del Toro y Portobelo. Su intención era recorrer el resto de las costas del istmo, para encontrar con el lente de su cámara, lo que ella plantea como "el ritmo que une" este universo caribeño. Cuando los centroamericanos asuman que ese ritmo lo marca la sangre negra que recorre esta cuenca, quién sabe, tal vez entonces lleguen finalmente a asumir su dosis de *caribeñidad* que sin cesar aflora. Entonces se comprenderá con un poco más de amplitud la complejidad de donde vienen¹⁴.

O como canta Derek Walcott, el escritor caribeño, Premio Nobel de Literatura: *'el batir de sus alas se lleva estas islas a Africa / cosió la hendidura del Atlántico con la línea de una aguja, / la hendidura del alma'*¹⁵

¹⁴ Abigail Hadeed, fotógrafa de Puerto España, Trinidad. Ha realizado extensos ensayos visuales sobre las poblaciones afrocaribeñas, tanto en su país, antes de 1998, como en Costa Rica y Panamá en 1999. Su conjunto de fotografías "Steel Images" (Imágenes de Acero), expuesta en la bienal de Sao Paulo en 1998, y en TEOR/ética en 1999, documenta sensiblemente las historias cotidianas y la vida de los integrantes de las orquestas metálicas de Puerto España, así como los momentos de conciertos y desfiles de carnaval. Su proyecto contempla aun viajar al resto de Centroamérica y documentar las poblaciones de origen africano y sus costumbres, basándose en un compartir la vida diaria de sus sujetos.

¹⁵ Derek Walcott, Omeros, citado por Sergio Ramírez Mercado. Op.Cit.